

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

15 CÉNTIMOS NÚMERO SUELTO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

NÚMERO ATRASADO, 30 CÉNTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas. trimestre..... 2,50 año..... 10

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas semestre..... 6 año..... 12

EMILIO PALACIOS

Se nos ha muerto... ¡Otro amigo que se nos ha muerto! Acostumbrados a la rutina de la frase hecha, no encontramos palabras con que expresar sencillamente, sin manoseados lirismos, el dolor que nos ha producido el triste fin de nuestro infortunado compañero.

Nosotros quisiéramos que estas líneas tuvieran el sabor elegiaco de una oración fúnebre; que pudiéramos, ¡Dios mío!, algo así como hacer visible y hasta palpable, nuestro dolor...

Emilio Palacios ocupaba en esta Redacción lugar preeminente, y era, a la vez, para todos nosotros, amigo, compañero y hermano. ¡Qué extraño es, pues, que su marcha de la vida nos haya producido impresión tal de tristeza que el tiempo no podrá borrar, y que al vernos sin él nos parezca que nos hemos quedado solos, solos para siempre!

¡Pobre amigo nuestro! Todavía ayer, hace unos pocos días, nos hablaba de sus planes para el porvenir, de sus proyectos para el mañana... ¡Y todos aquellos buenos propósitos ha venido a destruirlos la muerte!

Son las eternas equivocaciones de la Providencia. Emilio Palacios, que cumplía un fin en la vida, que era bueno, que era inteligente, se muere, y en cambio ¡hay tantos seres inútiles que viven años y años!...

Sí, hay que protestar, hay que rebelarse contra estos absurdos. Nuestro malogrado compañero tenía derecho a la existencia. Basta esta sola razón: ha muerto a los veinticinco años, en plena juventud, en plena vida... ¡Y ¡Dios mío! ¿para qué crear si hay después que destruir lo creado?

Al pensar en estas perfidias de la suerte, involuntariamente se elevan los puños a lo alto, en señal de amenaza...

Ya todo ha acabado. Aquel gran espíritu ha dejado de ser. Lloremosle, ¿qué mejor oración que esa? ¡Pobre Emilio y pobres de nosotros!

LA REDACCIÓN.

LA PALMETA

—Ayer vi a D. Antonio.
—Pues viste visiones, Sancho amigo.
—Hable con más respeto; D. Antonio no es una visión...

—Atiende, Sancho, a que la palabra visión, en su verdadero sentido, en su acepción principal, no significa cosa ridícula, sino que se refiere a todo lo que se ve.

—Bueno, siendo así y como vuesa merced lo dice, no hay más que hablar; pero cuando se dice «ver visiones», es cosa así como decir que se ha visto al tiznado Navarro Reverter y a su cura, ó que uno ha visto a Linares Rivas haciendo el Tenorio.

—Viste a D. Antonio, ¿y qué?

—Pues ná.

—Vaya una noticia entonces.

—Lo digo porque le he visto y me ha mirado, y que hoy creo en Dios. ¡Ah! por cierto que está sin un Mor-

lesín; pero le queda otro. Se fué Atanazio y le queda Juan.

—Pero ¡cuánta tontería dices, Sancho! ¿Te parece a tí que se escribe un periódico llenándolo de sandeces y nonadas?

—No hay otro remedio.

—Pues deja el oficio.

—¡Ah! ¿Qué quiere vuesa merced, que le larguen a uno, por menor desuido, un varapalo de *El Nacional* y tenga uno que batirse con Figuerola? No, señor. Métese vuesa merced, que es tan valiente, en esas aventuras, que yo no.

—Pues cállate. ¿Qué nos importa que hayas visto o no a D. Antonio? Buen provecho te haga.

—He visto a D. Antonio. Repito que he visto a don Antonio, y Tesifonte, D. Tesifonte, el gran Tesifonte, lo ha visto también. D. Antonio existe, es el mismo, no nos lo han cambiado... Y si vuesa merced viese a don Antonio como yo lo he visto... ¡Oh, qué hombre! ¡Ah! Es un hombre, no el *Homo sapiens* de Linneo, sino el *Homo estatus*, el hombre de Estado, especie superior. Temo que vuesa merced no entienda de esto. Vuesa merced puede que se figure que cualquiera puede ser hombre de Estado... ¡Cuánto se engaña vuesa merced si así piensa! Nacen pocos hombres de Estado... pocos... Dios manda al mundo millones y millones de criaturas, y por cada diez millones de millones... larga un hombre de Estado. Nosotros tenemos la fortuna de poseer un hombre de Estado... pero somos unos cernícalos que no sabemos apreciar nuestra fortuna.

—¿Fortuna, Sancho?... Tenemos dos guerras... dos... y en ellas, por enfermedades, fatigas y batallas, vamos perdiendo miles de hombres...

—Es verdad... pero tenemos un hombre de Estado.

—La nación se arruina gastando caudales enormes, y pronto nos veremos en la miseria.

—Cierto es, señor, y yo lo lamento... Pero repito que, en cambio, poseemos ó nos posee un hombre de Estado.

—Pero, Sancho... ¿No se están haciendo (según dicen, que yo en tales chismes no quiero meterme...) escandalosos negocios?

—Si se harán; ¡pero si tenemos un hombre de Estado! ¿Qué quería vuesa merced, que tuviésemos de guagua un hombre así? No se pescan truchas... ¡ya vuesa merced me entiende!

—No, si los que pescan no somos nosotros; nosotros más propiamente podemos decir que somos pescados.

—Está visto que con vuesa merced no es posible hablar con juicio...

—Deslenguado... ¿a tu amo te atreves?

—¡Ah! duele... Mire cómo vuesa merced se enfurece, no bien me permito censurarle...

—Naturalmente; porque eres un desatento, un atrevido é irrespetuoso... ¡Ay, Sancho, que perdiste tu buen ánimo, tu corazón ingenuo, tu carácter nobilote, aunque algo socarroncillo... desde que te metes en política!

—Venga a cuentas, señor mío... y respóndame: Si vuesa merced fuese viejo, si vuesa merced hubiera perdido la elocuencia, la memoria, el entendimiento y hasta ese orgullo por el cual vuesa merced, aunque haya cometido las mayores locuras, no consintió jamás a su lado buscones, rateros ni pícaros... y de pronto estuviese codeándose con gente de poco más ó menos... ¿podría

vuesa merced consentir que la gente le criticara? No, señor. Pues bien, de D. Antonio nada debe decirse... ¡Pues no faltaba más, hombre! ¡Es mucho cuento! Calle usted, por Dios... No, señor; de D. Antonio no debe hablarse sino con elogio. ¡Es un hombre de Estado!

—¿Que ha cumplido setenta y tantos años? Pues se dice: Nunca más joven se ha visto D. Antonio; tersa la tez, ardiente la mirada, encendido el ingenio... potente en todo.

Que está enfermo; pues se dice: ¿Qué irrespetuosidad puede darse como la de suponer que D. Antonio enferme?... Come admirablemente, duerme a pierna suelta, y... en fin, lo demás, de un modo maravilloso.

El es joven, saludable, talentorísimo... ¿bueno? la misma santidad ¿Valiente?... Un Cid conservador... y al que dijere lo contrario, ¡palmetazo de *El Nacional*! y luego si se queja... una estocada.

—¡Esto es un hombre de Estado!

Claro es que a Palmerston le llamaron cuanto hay que llamar, y que Bismark toleró críticas y burlas... Pero estos no eran hombres de Estado.

Cada vez que pienso que Moret en Zaragoza se ha permitido censurar a D. Antonio... me ciega la cólera.

—Mira, Sancho, D. Segis... ha entonado la jota y pienso que han de bailar a los conservadores... y don Antonio de coronilla...

—Señor... cálese... cálese por Dios... Mire que nos va a sobrevenir un grave disgusto... ¡Pecador de mí, que no sé apartarme de hombre tan atrevido como vuesa merced!... ¿Hablar de D. Antonio?... Esta sí que es la mayor locura a que han podido llevarle los malditos libros de caballería... Válgame, que yo de rodillas, con las manos cruzadas y muy devotamente, estoy adorando al monstruo, al infalible, omnipotísimo, al eterno creador de los Morlesines... y de Lema, principio y fin... de todas estas cosas que nos trajo la Restauración.

LA CANCIÓN DE LA ESPADA

¡Salí ya de la funda, con ira vengadora,
mi recia y noble espada!
¡Ya en el combate vibra, de España servidora,
y al sol de las batallas reluce brilladora
como una llamarada!

¡Jamás mi fuerte espada será rota en pedazos!
¡Jamás conoció el miedo!
Se burla de peligros y traicioneros lazos;
¡que fué su hoja valiente labrada a martillazos
en la imperial Toledo!

Qué valen, firme espada, los vixos resplandores
de las pupilas bellas
al lado de tus lumbres y esplendidos fulgores
si al son de los clarines y bélicos tambores
magnífica destellas!

Mi espada el honor patrio defiende, no mi vida;
y muéstrase orgullosa
cuando ante el fiero estrago de lid enfurecida
eléxase en los aires, de púrpura vestida,
¡cual reina victoriosa!

¡Oh, espada, fiel amante, querida compañera,
si la contraria suerte
hiriese con sus tiros a la Nación guerrera
y en manos enemigas cayese su bandera,
tú me darás la muerte!

MANUEL REINA.

DON QUIJOTE



Ejemplo que imitar.

LOS HOMBRES DE LA REPUBLICA



D. Bernardo de Toledo, jefe de los republicanos revolucionarios de Valencia.

LAS ADUANAS DE CUBA

OPINION PÚBLICA



Vistas que no tienen vista.



Los verdaderos dueños de la situación.



—Cuidado, D. Antonio, no vaya á escaparse la fiera!



¡Adios, Madrid, que te quedas sin gente!



¡Buñuelos! ¡Buñuelos!



Lorito real, para España y no para el tío Sam.

Lit. de la Viuda de M. Bautista, Jesús del Valle, 22.

NOTAS

Meeting socialista en el Salón Variedades.

Se trata de protestar contra el Gobierno, como contra un grupo de malhechores, por haber desbalijado de sus mandatos respectivos a los concejales socialistas del Municipio bilbaíno. El día, con ser de asueto, y el motivo de la reunión, con ser formidable, no han sido suficientes a llenar la sala, con todo de ser bastante exigua.

Preside una blusa cualquiera, pero allí se ha ido solo para oír a Iglesias, y mientras que éste no se levanta a hablar se cuchichea y aun se alborota con impacencias análogas a las de un peotón de hambrientos haciendo cola a las puertas de una tahona.

Burgués es el adjetivo de que se hace más grande despilfarro en aquel recinto, y *burguesía* el más ópimo substantivo. Sin embargo, esas dos frases, a fuerza de machequeteadas y repetidas iracundamente, concluyen por tener cierto sabor trágico, y marcar en el paladar como un dejo de sangre humana.

Iglesias habla por fin, y repite el mismo discurso que le estamos oyendo decir hace veinticinco años. Es una larga acusación fiscal, y una muy áspera diatriba contra todos los poderes constituidos. Ese hombre es fuerte porque es terco, y cuando anuncia los irremediables e inminentes cataclismos, hace pensar en los hoscos profetas orientales, que, vestidos de esparto y cubiertos de ceniza, para mejor dejar expresados la desesperación y el duelo, gritaban por las carreteras y las ciudades, gritaban por todas partes, monótonos como el dolor, anunciando la próxima ruina de Jerusalem y de su templo.

No lo censuro porque diga siempre la misma oración. Facundia y verba sobradas tiene para pronunciar otras. Pero el pueblo ha necesidad de que se le repitan constantemente las mismas cosas antes de llegar a aprenderlas de memoria, y que circulando entonces por sus venas lo hagan apto para la acción. La monotonía es más fecunda que la variedad. Todos los totales humanos se derivan de una unidad insistentemente repetida. *Delenda est Carthago* era el grito del romano, y *Abattez l'Infâme* el rugido de Voltaire. Todavía suenan en nuestros oídos.

Quien hacía bien triste figura en aquella reunión de sublevados mansos, era el delegado de la autoridad. ¡Pobre de él! Viéndolo, pensaba uno involuntariamente: ¡que una mujer haya pasado dolores para eso!

ALEJANDRO SAWA.

QUISICOSAS

Siempre fué un pollino Enrique, y a pesar de ser pollino, le dieron un buen destino por ser hijo de un cacique.

El chico, siendo empleado, bastante dinero ahorró; cayó quinto y se libró con dinero del Estado.

Y según tengo entendido, exclamó al dar el dinero: «No lo siento, que del cuero las correas han salido.»

Un alcalde, que en política siempre inconsecuente fué, dijo en sesión: «He pensado, y creo que pienso bien, que una veleta en la torre del Concejo hay que poner. Y le contestó un edil: —Pues... le pondremos a usted.»

—Quiero un partido formar. —Amigo, tiempo perdido, porque nada va a sacar. —Verá si saco partido.

VICENTE RUBIO.

CONTRA EL CARLISMO

Es una gran vergüenza que prueba hasta qué extremo ha llegado nuestro rebajamiento. La opinión—digamos la verdad lealmente, como cumple a hombres honrados—comienza a simpatizar con el carlismo.

Ya hay quien acepta y hasta defiende como una solución salvadora, la elevación al trono de ese majadero de Carlos VII.

El Correo Español—órgano del viejo crápula—muéstrase estos días regocijadísimo, y hasta se permite anunciar a plazo fijo el triunfo de su degradado señor.

Los periódicos publican a diario noticias gravísimas referentes al movimiento carlista. Reuniones de cabezillas... Compras de armas... La gente negra predicando desde el púlpito en favor de la «santa causa»... El reclutamiento de mozos allá en las Provincias Vascongadas... Y el Gobierno y la opinión asisten tranquilos al trágico despertar del carlismo, y los «dejan hacer», no

sabemos si por complicidad ó cobardía. Y, sin embargo, acaso ha llegado ya el momento de que nos unamos contra el enemigo común, y demos al aire el grito de alarma:—¡Liberales, a defenderse!

Nakens, el eterno luchador, ha comenzado a publicar una serie de folletos, dedicados a relatar los crímenes cometidos por los carlistas en la pasada guerra civil.

La obra iniciada por Nakens no puede ser más oportuna en estos momentos.

Si es preciso recordar a la gente—ya que aquí todo se olvida—la serie inacabable de delitos cometidos por esos miserables.

Hay que hacerles saber quiénes fueron y qué obra realizaron los secuaces de D. Carlos; hay que hacer revivir todo ese pasado sangriento, que constituye la historia del carlismo.

¡Y a ver si la opinión despierta y se impone al Gobierno, y hacemos entender a los envalentonados secuaces del pretendiente, que en España no es ya posible el absolutismo.

Propagar la lectura de la serie de folletos que, con el título «Los crímenes del carlismo», publica la biblioteca de *El Motín*, es obra que debemos emprender todos los liberales.

DON QUIJOTE recomienda muy eficazmente al público la adquisición y lectura de esos folletos.

LANZADAS

Pica el sol que es un consuelo. Ayer marcó el termómetro Réamur 39 grados. Pero eso no afecta sino a los cuerpos, a las almas no. Bajo cero es la temperatura normal y constante de este pueblo casi africano, que con tan bellos romanticismos ha ornado la historia humana. Eso fué antaño. Hoy duerme moralmente a la bartola, rescoldado por este sol de justicia que nos tuesta los huesos; y si lo veis removerse de vez en cuando, no prestéis atención, no hagáis caso: es que se des-pereza.

¿Que por qué *Conejito* se ha creído autorizado para matar en la plaza de Madrid sin tomar previamente la *alternativa* de su compañero *Minuto*? ¡Vaya usted a saberlo! Pero en oficio de juglares pareceme que la corrección no es una ley irrecusable. Y quizás en las nebulosidades de su cráneo de torero haya pensado, con harta razón, ese hombre que las potestades no se piden, sino que se toman con hierro en la mano y la boca llena de verbos triunfadores é imperiosos.

En el banquete celebrado en Zaragoza *ad maiorem gloriam* del Sr. Moret, hubo de decir el marqués de la Vega de Armijo:

«Brindo por la reina regente y por el rey niño, salvado por los liberales cuando quedó huérfano...»
¡Oh! Sagasta haciendo de hija de Faraón y salvando al rey niño *precisamente* cuando quedó huérfano; era un Sagasta que no conocíamos.

¡Bien haya el talento revelador del de la Vega!

Un periódico zaragozano asegura que el Sr. Moret, con su discurso, ha dado «el do de pecho».
Ya le estamos viendo cantar el año próximo en el Real el *Hamlet* y decir que huele a podrido con el consabido *do*.

Entretanto incluyámosle entre *nuestras* aves canoras.

Algo más a propósito del Sr. Moret.
En su discurso de Zaragoza dijo al terminar:
«Cuando se haya creado atmósfera ya sentirá la corona las corrientes antes que llegue el huracán. Si no las advierte—aunque hasta ahora siempre las ha notado—¡ay! ¡entonces tristes destinos los de la monarquía y de los reyes!»

Comprendido: Ya empieza el Sr. Moret a disminuir la honesta distancia a que estaba de la República.

Y a sentirse deshonesto.
¡Oh, fragilidad de los hombres grandes!
Desde ahora deberemos decir: «frágil como Moret».

¡Qué noticia!
Mr. Taylor está escribiendo una obra.
Ya pueden temblar nuestros editores y empresarios, porque si se empeña en darla a luz en España ordenará Cánovas el estreno por Real orden y asistirá, en clase de *claque*, la mayoría.

Pero tengamos calma. Acaso se trate de un libro de cocina, ó de la domesticación de las chinchas, ó de un tratado de boxeo con prólogo de Tetuán.

¡Qué triste está la campaña!
¡Qué oscuro está el firmamento!
Ya se ha marchado Beranger a tomar tranquilo el fresco!

Primero se dijo que el mal sabor del agua del Lozoya tenía por causa el sedimento existente en los depósitos. Ahora resulta que es el canal el que debe de estar sucio, toda vez que los depósitos están limpios.

Y verán ustedes cómo concluyen por echar la culpa a las nubes.
O al pobrecito Castellano.
Si se ha lavado las manos en el canal después del empréstito filipino.

Un telegrama de Cuba habla de repetidas y frecuentes detenciones de trenes en toda la isla a causa de hallarse cortadas las líneas.

Convulsiones del terreno, eminentemente volcánico. Porque insurrectos no debe haber arriba de treinta y siete, después de todos los que nuestras tropas han matado.

Libros:
Se ha publicado el 12 y último cuaderno del portafolio *Barcelona a la vista*, que edita la casa López, de Barcelona.

Precio de cada cuaderno: 35 céntimos.
¡Casi regalado!

EL ULTIMO ADIOS

Al fin pude verla asomada a la ventanilla y dirigiendo sus ojos en mi busca, mientras la máquina avanzaba con entidad majestuosa por el andén, arrastrando los vagones, que sacudían con intermitente chirrido sus músculos de hierro.

¡Voy al convento de X...; pasaré por ahí; sal a esperarme y nos daremos el último adiós.»

Esta carta, la primera noticia que recibía después de cuatro años de la compañera de mi infancia, de la que compartió conmigo los juegos tumultuosos de la niñez, me hizo acudir a la estación más entristecido que alegre; y mi tristeza subió de punto cuando, al estrechar entre mis manos las suyas, contemplé su rostro hermoso; pero impasible y frío, como los de esas estatuas del Renacimiento que retratan a un tiempo la belleza y la muerte.

Era ella; pero ¡qué diferencia tan grande existía entre aquel rostro alegre, lleno de vida y de expresión, que yo miraba como una aurora en los comienzos de mi juventud, y el rostro que se me ofrecía entonces, arrebujaado en una toquilla obscura! Los ojos grandes y negros, donde brillaban antes todas las pasiones y todos los deseos, miraban con triste y monótona indiferencia; sus labios, abiertos siempre por una sonrisa juguetona y fresca, ostentaban un pliegue sombrío; las curvas de su garganta y de sus mejillas tendían a convertirse en líneas angulosas. Era otra mujer; más que ella misma resultaba un recuerdo borroso de su propia imagen.

—¿Qué es esto?—la dije.

—Que abandono la aldea y voy a meterme en un convento.

—¿En un convento?

—Sí. Ya sabes que estamos muy pobres; la vida es muy difícil; el trabajo falta muy a menudo, y, además—añadió con acento igual y monótono como el que repite una lección aprendida de memoria—el mundo sólo ofrece miserias, malos ejemplos; la vida es una senda de abrojos; un camino breve a cuyo término se encuentra el cielo, única esperanza y exclusivo fin de todos los seres. Pues bien: yo quiero ganar ese cielo, y me voy al convento a ponerme el sayal humilde de la religiosa, a rezar por los pecadores, a pedir a Dios de rodillas la salvación de mi alma y la salvación de los míos; a ser santa, a ser buena...

—¡Pero es posible!—exclamé yo con amargura. ¿Y tu madre? ¿Y esa pobre anciana? ¿Qué va a ser de ella sin tí?

—¡Mi madre!... Mejor auxilio puedo prestarle con mis oraciones que con mi trabajo. ¿Qué importa que las necesidades la afligan en la tierra, si Dios le abrirá sus brazos, por mi intervención, después de su muerte?

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Quién te ha aconsejado eso?—exclamé yo con asombro.

—El señor cura, que es un santo varón y me quiere mucho, y sólo piensa en ganar almas para la gloria.

—Mira hermana, la dije. Tú tienes la obligación de creermle; fui tu compañero en la niñez, tu amigo en la juventud, tu apoyo en los trances difíciles de la vida. Pues bien; yo te aseguro que el acto a que te inducen es una infamia; que dejar sola a tu madre cuando la vejez se cierne sobre ella, es una traición; que abandonar el mundo por temor a la lucha, representa una insigne cobardía. Tu deber consiste en pelear cuerpo a cuerpo con la miseria, con los sufrimientos; en atender con el fruto de tu trabajo, sea cual fuere, los últimos días de esa anciana que te ha dado la sangre de sus venas y los tesoros más recónditos de su espíritu; en amar y en ser amada; no confundirte en un claustro para vivir la existencia de los hipócritas y de los egoístas.

No sigas tu camino, añadió; baja de ese coche; vuelve a la aldea; sé pobre, pero sé mujer; sé desdichada, pero no seas cobarde é inútil.

—¡Imposible!—exclamó ella, a tiempo que el primer silbido de la máquina anunciaba el momento en que debía arrancar el tren. ¡Imposible! El cura es un santo y me aconseja eso; él sabe más que tú.

—Es verdad, repuse; ha sabido extinguir en tu alma todos los arranques generosos.

—¡Adios!, murmuró ella con voz tranquila, a tiempo que la máquina, atrayendo hacia sí los vagones con un movimiento brutal, arrojaba bocanadas de humo negruzco por la metálica chimenea. ¡Adios!...

Y me alargó la mano en ademán de despedida. Yo no contesté a su saludo; dejé caer los brazos a lo largo del cuerpo y miré con angustia aquella masa móvil que se perdía entre las brumas del crepúsculo, y se me antojó que miraba, no un tren de viajeros, sino uno de esos trenes mortuorios que conducen el cuerpo inanimado del ser querido, y lo arrastran con rapidez vertiginosa para depositarlo lejos, muy lejos de uno, en el hueco impenetrable de la tumba.

¡Lástima que no la acompañara el cura del pueblo para rezar el último responso sobre aquel cadáver!

No pudo ir. El buen señor sigue en la aldea engorrandando y educando almas para el cielo.

¡Dios se lo tome en cuenta!

J. DICENTA.

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 15.